



CAPÍTULO XXII

LAS PERSPECTIVAS DEL RADICALISMO

Tom Bottomore

Erich Fromm se ha distinguido, entre otras cosas, por ser una de las pocas personas que ayudaron a mantener vivas las ideas radicales en el clima nada propicio de la década de 1950, y preparar así el camino para la renovación y la difusión de esas ideas en la década siguiente. Por lo tanto, no será inadecuado que consideremos aquí lo que ha logrado hasta ahora el nuevo radicalismo y cuáles son sus perspectivas para el futuro.

En la actualidad, se manifiesta en todos los países industriales no sólo una fuerte reacción contra el radicalismo, sino la falta de vigor y la proliferación de divisiones internas en el mismo movimiento radical. Por supuesto, se ha producido una fluctuación muy rápida y asombrosa en el carácter y la fortuna de los nuevos movimientos sociales, desde el momento en que surgieron a fines de la década de 1950, luego del ataque anglo-francés a Suez y la rebelión húngara. La "Nueva Izquierda" que en ese entonces se desarrolló en los países europeos todavía estaba profundamente comprometida con los movimientos radicales y socialistas tradicionales, mediante la pertenencia a asociaciones sindicales y la participación en un conjunto de ideas derivadas del marxismo y otras doctrinas socialistas; por lo tanto, poseía muchos elementos de continuidad con formas anteriores del radicalismo, y en particular con las de la década de 1930.

Un cambio notable se produjo con el renacimiento del radicalismo en los Estados Unidos. Este comenzó con el movimiento de los derechos civiles de principios de la década de 1960, que presentaba dos elementos que luego dominarían todo el movimiento: los estudiantes y los negros. Al principio, ambos grupos colaboraron en lo que era esencialmente un movimiento militante de reforma, pero pronto aparecieron divisiones a medida que los negros más extremistas pasaban al "nacionalismo negro" y el "poder negro", mientras los estudiantes se consagraban cada vez más a los movimientos pacifistas y los enfrentamientos en las universidades. A fines de 1968 la separación de ambos movimientos era casi completa. Al mismo tiempo, cada uno de esos movimientos presentaba una sorprendente desviación respecto de formas anteriores de radicalismo: en un caso, el radicalismo como movimiento nacionalista, "étnico", ligeramente vinculado con ideas acerca de la revolución en el Tercer Mundo; en el otro, el radicalismo como movimiento juvenil, asociado con la disensión y la innovación culturales que abarcan fenómenos tales como la música pop y folk y el culto a las drogas que "abren la mente".

En el siguiente análisis me concentraré en el movimiento estudiantil, que tiene carácter internacional y está ligado menos específicamente a las condiciones norteamericanas¹. Algunos aspectos de su desarrollo fueron previstos y justificados intelectualmente por C. Wright Mills, quien, ante la ausencia de un movimiento sindicalista radical en los Estados Unidos, sostuvo que era necesario considerar las posibilidades de cambio radical en términos de una crítica cultural animada por intelectuales jóvenes. Este radicalismo de estilo norteamericano asumió una forma definitiva en el Berkeley (Movimiento por la Libertad de Palabra, de 1964) y poco después se difundió ampliamente en muchos países. Su influencia fue en alguna medida el resultado del compromiso mundial de los Estados Unidos; sin duda, el elemento unificador más importante del movimiento estudiantil radical fue la oposición a la guerra del Vietnam. Pero también actuaron otros factores. Uno, que necesita ser explicado en particular, fue el creciente sentimiento de identidad generacional entre los jóvenes de los países industriales, y el sentimiento específico entre los estudiantes universitarios de que, con la aceleración de la revolución tecnológica y el rápido incremento del número de estudiantes, que es parte del proceso, ellos estaban destinados a ocupar una posición de fundamental importancia en la sociedad. Otro factor fue la declinación aparente de otros tipos anteriores de radicalismo, que se manifestó en lo que los estudiantes consideraron como la difusión del "consenso político", ya sea bajo la forma de una coalición concreta de partidos (como en Alemania Occidental) o simplemente por la disminución del radicalismo de los partidos de izquierda. Durante la década de 1950 pareció generalizarse en Europa un estilo de política no ideológica semejante a la de los Estados Unidos, y en la medida en que ello podía atribuirse a cambios en el carácter y el papel de la clase trabajadora en los países europeos se sacó como conclusión que debía hallarse en otros grupos sociales una nueva base para la disensión y la oposición.

El movimiento estudiantil, como nuevo animador del conflicto político, se desarrolló con extraordinaria rapidez entre 1964 y 1968, alcanzando su punto más alto en la revuelta de mayo de 1968, en Francia. Desde entonces ha sufrido una declinación. En los Estados Unidos, la principal organización radical, Students for a Democratic Society, se ha dividido en una cantidad de grupos antagónicos; en Francia, el movimiento estudiantil ha vuelto a las conmociones anteriores a 1968 entre grupos universitarios (en gran medida de acuerdo con las líneas que siguen los grupos de izquierda fuera de la universidad) y ha perdido mucho del apoyo público que tuvo durante un tiempo; la SDS alemana se ha disuelto recientemente y sus líderes se han dispersado; en Gran Bretaña ya no hay una organiza-

¹ Algunos rasgos importantes del movimiento negro han sido bien analizados por Harold Cruse, *The Crisis of the Negro Intellectual* (Nueva York, William Morrow & Co., 1967). Últimamente el movimiento tomó una nueva dirección con la aparición del partido de los Panteras Negras, que trata de establecer una amplia alianza con grupos radicales blancos y ha propuesto un programa económico más cercano a las ideas socialistas que la mayor parte de los presentados por el nuevo radicalismo.



ción radical de estudiantes que sea efectiva. Es posible que todo esto no sea más que un retroceso temporario. Si es verdad, como han sostenido algunos, que la “capa científica y educacional” ocupa ahora un lugar fundamental en la sociedad y se halla en proceso de elaborar una ideología y formas de acción política apropiadas para su situación, como lo hizo la clase trabajadora industrial en el siglo XIX, entonces los hechos recientes pueden verse como los primeros pasos tentativos para lograr una organización y una acción más duraderas. Por otra parte, la declinación puede corresponder a una fluctuación característicamente rápida de estado de ánimo, interés y orientación en los movimientos estudiantiles, consecuencia del alto grado de movilidad que tienen sus miembros.

De cualquier modo que interpretemos estos fenómenos, es importante reconocer algunas de las debilidades del movimiento estudiantil, que tendían a ser pasadas por alto en la excitación de fines de la década de 1960, cuando los estudiantes presentaron de modo dramático nuevas ideas y actitudes, ayudaron a producir un muy necesario resurgimiento de la polémica política e intelectual y animaron a los movimientos de protesta. Una de las debilidades se debe simplemente a que el movimiento estudiantil es un movimiento *juvenil*. La influencia social de una generación joven, como señaló Mannheim, puede ser considerable al proporcionar un enfoque novedoso, un nuevo modo de pensar y experimentar, para la asimilación, el uso y el desarrollo de la cultura que encuentra. Pero es sumamente improbable que, en cualquier momento, la estructura y el curso del desarrollo de cualquier sociedad sea determinado principalmente por las ideas y las aspiraciones de sus miembros jóvenes e inexperimentados. En la mayor parte de las esferas, los “jóvenes turcos” que dan lugar a innovaciones importantes no pertenecen al grupo de edades de los estudiantes universitarios, sino que tienen alrededor de 30 años, habiendo pasado ya el período de confusa búsqueda y esfuerzo que caracteriza a los grupos más jóvenes. Además, este tipo de innovación es en buena medida una cuestión de descubrimientos individuales, antes que el resultado de la actividad de todo un grupo generacional. Cuando consideramos el carácter de los movimientos sociales amplios y de los cambios importantes en la estructura de la sociedad, resulta evidente que éstos dependen de vínculos completamente diferentes de los propios de un grupo de edad, teniendo importancia en cambio los de nacionalidad, interés económico, pertenencia a clase o comunidad religiosa. De este modo, incluso la argumentación relativa a la creciente importancia del “estrato científico y educacional” como grupo social y político activo (que ya he mencionado) se refiere al papel futuro de las profesiones científicas y académicas antes que a los estudiantes.

Estas incapacidades del movimiento estudiantil son acrecentadas por otros factores. Uno es la rápida circulación de sus miembros, que hace difícil el mantenimiento de un estilo u organización política coherentes. Otros nacen de la vinculación del movimiento estudiantil con algunos aspectos de la “cultura juvenil” más amplia, incluidas la música pop y folk y las drogas, que tienen un muy escaso significado desde una perspectiva radical. Es verdad que estos fenómenos fueron considerados a veces parte

integral de un movimiento general de liberación, pero en buena medida ello llevó a interpretaciones equivocadas. La música pop expresa, generalmente en el lenguaje más trivial, las dudas e incertidumbres universales de la adolescencia. Tiene escaso contenido crítico, y el que tenía en un principio disminuyó ante el crecimiento de los intereses comerciales. Lo más que puede decirse de ella como innovación cultural es que puede reflejar, sobre todo en actividades como los festivales pop, el deseo de una comunidad más amplia o incluso, en un sentido religioso, de una mayor comunión, y así un alejamiento de las actividades adquisitivas y de engrandecimiento personal. En la música folk hay un elemento muy importante de crítica social y protesta; sin embargo, en comparación con períodos anteriores, la protesta es vaga, mal formulada, individualista y a veces inauténtica, como en el caso de los cantores folk que usan las canciones de protesta sobre todo para promover sus propias carreras².

El culto de las drogas tampoco puede considerarse como liberador: ¿qué extensión de la libertad humana puede resultar de hacer que los propios estados y experiencias mentales dependan de sustancias químicas? Se trata más bien de la enajenación más completa de las capacidades humanas a un mundo de objetos. Como el alcoholismo, el uso de las drogas es una acción que expresa desesperanza, rechazo, alejamiento del mundo público de asuntos sociales hacia un mundo privado de problemas y fantasías personales. Refleja, sin duda, una insatisfacción por el estado de la sociedad vista desde un punto de vista individual, y al mismo tiempo una enfermedad de la sociedad misma, pero no conduce a ningún tipo de movimiento para la reconstrucción radical de la sociedad.

En la actualidad, no resulta claro hasta qué punto estos diferentes aspectos de la “cultura juvenil” están relacionados, pero en la medida en que el propio movimiento estudiantil subraya su carácter generacional sin duda es afectado por las ideas prevaletentes en todo el grupo de edades al que pertenece; evidentemente, dentro de la generación joven hay un grado considerable de intercambio entre los grupos “hippy” y “activista” (aunque ese intercambio sea más evidente en los Estados Unidos que en otras partes). Esta mezcla de tendencias radicales y no radicales indudablemente se suma a la confusión ideológica que reina en el movimiento estudiantil, pero, de cualquier modo, tenemos fundamentos más generales para esperar que se presente un fenómeno de confusión.

El movimiento estudiantil inició su actividad en un momento en que el pensamiento radical pasaba por una crisis aún no resuelta que se originó en las críticas y revisiones del pensamiento marxista³, en el enfrentamiento con doctrinas elaboradas por movimientos revolucionarios de sociedades

² Véase un análisis en R. Serge Denisoff, “Folk Music and the American Left: A Generational-Ideological Comparison”, *British Journal of Sociology*, 20:4 (diciembre de 1969).

³ Es imposible reseñar aquí todas las críticas y reinterpretaciones del marxismo presentadas durante los últimos 20 años. Entre los aportes importantes a este debate se encuentran los trabajos de Leszek Kolakowski, Stanislaw Ossowski, Gajo Petrović y otros vinculados con el periódico yugoslavo *Praxis*, C. Wright Mills, Gajo Marcuse, Jürgen Habermas, Jean-Paul Sartre y el mismo Erich Fromm.



campesinas (por ejemplo, en China, en Cuba, en Africa del Norte y en otras regiones del Tercer Mundo), y en controversias con los representantes de nuevas teorías acerca del carácter de las sociedades industriales modernas⁴. Los estudiantes, en consecuencia, extrajeron sus ideas de fuentes muy diversas; desde el pensamiento y la experiencia de revolucionarios del Tercer Mundo tanto como de las interpretaciones extraordinariamente variadas de la sociedad actual ofrecidas por los críticos sociales de los países industriales de Occidente. No cabe suponer que los mismos estudiantes sean capaces de producir una teoría social coherente a partir de esta mescolanza, aunque pueden, como lo han demostrado, presentar preguntas críticas y una nueva visión de la sociedad que ayude a dirigir el trabajo del pensamiento social crítico. Desdichadamente, esta valiosa actividad a menudo se pervirtió hasta descender al nivel de campañas puramente políticas, llevadas a cabo con la ayuda de simples clisés que pusieron al movimiento en conflicto con la mayor parte del resto de la sociedad, incluida una gran parte del resto de la sociedad⁵, y redujeron considerablemente la eficacia de la crítica social emanada de las universidades.

El futuro del radicalismo —en el pensamiento y en la acción— depende de que las limitaciones impuestas por el predominio reciente del movimiento estudiantil puedan ser superadas o no. El movimiento estudiantil debe ser visto, y verse a sí mismo, sólo como un sector de un movimiento intelectual creciente, que puede describirse mejor como humanismo socialista, el que está dirigido (a diferencia de muchas formas anteriores de dimensión) contra una multiplicidad de enemigos, contra el capitalismo, contra la tecnocracia y contra el socialismo totalitario. Este movimiento tiene varios objetivos importantes a cuyo logro pueden ayudar, y en cierta medida ya han ayudado, los estudiantes. El primero es prepararse —y esto se aplica sobre todo a los estudiantes de ciencias sociales— como críticos efectivos de la sociedad. El segundo es establecer esta concepción crítica —y en la medida de lo posible radical— con la firmeza suficiente como para que persista y se desarrolle fuera de la universidad, en las ocupaciones científicas y profesionales a las que se consagrarán los estudiantes. El tercero es defender la libertad y la autonomía intelectuales en las universidades, o restablecerla en aquellas sociedades donde las universidades han caído bajo el dominio de los empresarios, los funcionarios civiles o los representantes de partidos. Pienso que en este campo, empero, la principal responsabilidad cae sobre los hombros de los docentes, y en muchos casos fue por la defección de éstos que se convirtió en una carga imposible

⁴ Por ejemplo, Raymond Aron, *18 Lectures on Industrial Society* (Nueva York, Praeger, 1967) y J. K. Galbraith, *The Affluent Society* y *The New Industrial State* (Boston, Houghton Mifflin Co., 1958).

⁵ Esto ha ocurrido en muchos países de Europa occidental, donde el movimiento estudiantil radical ha tenido relaciones tensas, y a veces conflictos manifiestos, con partidos socialistas y con sindicatos. Eso resultó particularmente manifiesto en Alemania Occidental durante 1968. En los Estados Unidos, la brecha que separa a trabajadores y estudiantes fue aun más marcada; el ejemplo más reciente es la demostración de los trabajadores de la construcción de Nueva York contra el movimiento pacifista.

para los estudiantes. Hay otro objetivo, estrechamente vinculado con éste, que consiste en examinar cuidadosa y cabalmente cuáles son las alternativas para la “multiversidad” o “fábrica del conocimiento”. En vista de la importancia que los mismos estudiantes atribuyen al enfrentamiento de la burocratización, es algo sorprendente que no se haya considerado con seriedad qué debe hacerse para crear una atmósfera humana en la universidad, y para devolverle su carácter de comunidad de estudiosos donde pueda florecer sin obstáculos el pensamiento crítico, desde luego, si es eso lo que se desea. Obviamente, un paso necesario sería limitar el tamaño de las universidades, otro (en muchos países) sería reformar el sistema de gobierno universitario; pero más allá de todo esto está la tarea de pensar con profundidad cuál es el carácter que deben tener las universidades en el siglo XX, en el contexto de una rápida expansión de diversos tipos de educación superior, experimentando al mismo tiempo con formas diferentes de organización. Lejos de ayudar a este proceso de reflexión y transformación, parte del activismo estudiantil de los dos o tres últimos años pareció tratar de destruir las universidades, por su desdén por la vida intelectual, su intolerancia ante las opiniones divergentes y su obsesión por los asuntos puramente políticos. Esto ha sido sumamente perjudicial para la causa radical, ya que es inconcebible una sociedad buena sin universidades, o instituciones equivalentes, donde los hombres puedan practicar y ejemplificar la investigación intelectual libre y desinteresada.

Aun cuando la disensión intelectual floreciera, como comenzó a ocurrir en la década de 1960, y aun cuando tomara la forma de una teoría crítica coherente, ello todavía sería inadecuado para lograr la transformación de la sociedad. Para producir un cambio radical se necesita un movimiento social que incorpore las experiencias e intereses prácticos de grandes cantidades de hombres. En la mayor parte de los países industriales de Occidente el movimiento sindical aún ocupa este lugar, y fuera de él no puede haber política radical. De hecho, hay muchos síntomas de que este movimiento se está volviendo radical nuevamente: la rápida extensión de una huelga general en Francia en mayo de 1968, la que, mucho más que el movimiento estudiantil, amenazó al gobierno de de Gaulle; la ola de actividad sindical militante en Italia a fines de 1969; la creciente militancia de los trabajadores en las industrias técnicamente más avanzadas de muchos países; el considerable resurgimiento del interés por las ideas y prácticas de control de los trabajadores. No es nada improbable que el radicalismo intelectual en las universidades y las nuevas orientaciones del movimiento sindical se unan para producir grandes cambios sociales en el curso de la próxima década.

En los Estados Unidos es mucho más difícil prever el desarrollo de un movimiento radical amplio. Desde el fin de la Primera Guerra Mundial no se ha visto al movimiento sindical comprometido en la realización de cambios radicales en la estructura de la sociedad norteamericana. ¿Puede imaginarse que esa situación cambie ahora, con una prosperidad creciente y una declinación del sindicalismo? Como lo han señalado a menudo los radicales, hay en la sociedad norteamericana muchos grupos que no com-



Propriety of the Erich Fromm Document Center. For personal use only. Citation or publication of material prohibited without express written permission of the copyright holder.

Eigentum des Erich Fromm Dokumentationszentrums. Nutzung nur für persönliche Zwecke. Veröffentlichungen – auch von Teilen – bedürfen der schriftlichen Erlaubnis des Rechteinhabers.

parten sus ventajas materiales, y que constituyen núcleos potenciales de oposición. Algunos de ellos, en especial los negros y los mexicanos, han participado en acciones cada vez más militantes, aunque no forzosamente radicales. También una parte considerable, por lo menos, de la generación joven está en rebelión contra la situación de la sociedad norteamericana. Pero la clase trabajadora norteamericana permanece apartada de todo tipo de política radical. No creo que este estado de cosas cambie rápidamente. No obstante, si la actual disensión intelectual y los diversos movimientos de oposición pudieran integrarse en una organización política —un nuevo partido radical— no parece imposible que ese partido con el tiempo pueda atraer a muchos trabajadores hacia su política y su acción, en especial los trabajadores de las industrias más desarrolladas, que probablemente tengan un creciente interés, en los Estados Unidos como en cualquier otra parte, por dirigir más plenamente el proceso laboral del cual participan. Estas posibilidades sólo pueden probarse en la práctica; en cualquier caso, el esfuerzo por crear un nuevo partido radical ofrecería mayores esperanzas que la perpetuación de la disensión fragmentada y las esporádicas protestas de la actualidad.

Igualmente difícil es estimar los cambios que podrían producirse en las sociedades soviéticas de Europa oriental. Es evidente que, desde 1956, se ha registrado una creciente disensión intelectual, y no hay muchas razones para dudar de que el tipo de concepción social formulada por los intelectuales y los estudiantes checoslovacos durante el renacimiento socialista de 1967-68 también hallaría expresión en otros países soviéticos si se presentara la oportunidad. No obstante, debemos señalar que, en los casos en que se presentó un movimiento radical en esos países —en Hungría y Polonia en 1956, y en Checoslovaquia en 1967-68—, éste surgió de la conjunción de la disensión intelectual y la oposición de los sindicatos, de la clase trabajadora, al régimen. Para que, sobre la base de una economía ya socializada, haya progresos hacia una sociedad socialista en la cual los hombres estén auténticamente liberados, y no sometidos al gobierno de los señores, los funcionarios de partido y la policía secreta, entonces serán necesarios esos dos elementos: los intelectuales que exigen libertad para especular y criticar, y los trabajadores que exigen control sobre sus condiciones de trabajo y una voz real en la determinación de la política social.

En todos los movimientos radicales modernos ha existido este estrecho vínculo entre las ideas y los intereses, desarrollados más plenamente cuando una teoría de la sociedad como el marxismo se une inextricablemente a un movimiento social poderoso. El aporte de los intelectuales radicales a este proceso es a la vez negativo y positivo. Por una parte, consiste en haberse manifestado, de un modo crítico, el carácter de la sociedad existente: sus injusticias, limitaciones y conflictos. Este trabajo de crítica, cuando se difunde en una medida suficiente —cuando los intelectuales abandonan en una medida considerable el orden establecido— es uno de los elementos que allanan el camino hacia una sociedad nueva. Pero ese trabajo no será completo si no puede mostrar también las posibles direc-

ciones del cambio, interpretar los movimientos sociales emergentes y prefigurar el nuevo orden social. Ha de cumplir la tarea que Marx se fijó para sí mismo en su juventud, cuando escribió: “desarrollamos nuevos principios para el mundo a partir de sus propios principios existentes. [...] Podemos sintetizar la concepción de nuestro periódico (el *Deutsch-Französische Jahrbücher*) en una sola frase: el conocimiento de sí misma (filosofía crítica) de la época acerca de sus luchas y propósitos”.

Esta visión positiva, el desarrollo de nuevos principios a partir de los principios existentes, es lo que parece más débil y más oscuro en el pensamiento radical de la actualidad. Si buscamos la razón de esta debilidad difícilmente podemos dejar de arribar a la conclusión de que estriba, sobre todo, en la desilusión por el socialismo, que comenzó a fines de la década de 1930 y se intensificó ante la versión soviética del socialismo desde el fin de la guerra, a lo largo de los años finales del terror stalinista y hasta la *Realpolitik* de la ocupación militar de Checoslovaquia. Los pensadores radicales hoy deben criticar tanto al capitalismo como al socialismo como formas existentes de la sociedad, y a menudo sienten la tentación de dirigir sus principales críticas contra el industrialismo mismo. La idea de una forma alternativa de sociedad se vuelve débil y oscura, puesto que lo que una vez fue el ideal —el socialismo— existe ahora como una realidad problemática. Lo que debemos hacer para enfrentar esta situación, como algunos ya lo están intentando, es repensar el socialismo en términos de las instituciones apropiadas para una sociedad igualitaria⁶ tanto como en términos de los movimientos sociales y las acciones políticas capaces de llevar a un socialismo sin las desfiguraciones que ha sufrido a causa de la violencia y de la represión.

⁶ Pienso particularmente en el estudio serio de los problemas de la administración y la participación en la industria en gran escala, de las reformas en la administración social que pondrían los servicios sociales bajo un control mayor de aquellos afectados por esos servicios, de los cambios en las instituciones educacionales que disminuirían sus elementos autoritarios y proporcionarían una mejor experiencia temprana de autogobierno. Se ha reflexionado poco acerca de las formas posibles de instituciones nuevas, y se ha prestado demasiado poca atención a la experiencia práctica disponible sobre tipos más igualitarios de organización, tales como la autogestión de los trabajadores, las comunidades de trabajo y algunos proyectos de desarrollo de comunidades.